

FORNA, UNA ESPERANZA PARA LA CABRERA

Miguel Sobrino González

Hace ahora tres años, un grupo de amigos tuvimos la suerte de pasar un día recorriendo La Cabrera en compañía de Concha Casado. Quien conozca bien a esta estudiosa leonesa sabrá que la amplitud de sus saberes y sus inquietudes nunca ha ensombrecido la que es su más profunda pasión: La Cabrera, esa comarca apartada y preciosa que ella estudió cuando aún se mantenía intacta la sociedad tradicional a la que servía de marco geográfico.

Desde que Concha Casado redactó su tesis doctoral hasta hoy, muchas cosas han cambiado en el medio rural, no sólo

arquitectura y el paisaje. Se trata la suya de una labor contra corriente, enfrentada a la pérdida generalizada de las técnicas y materiales tradicionales en la construcción. Como primeros resultados de ese trabajo constante están los palomares restaurados de Ambasaguas, Quintanilla y Robledo de Losada o los fondos del Museo comarcal de Encinedo, excepciones hasta ahora en una zona donde lo que prima es el abandono y en la que la permanencia de ciertos elementos de la cultura tradicional es debida a la inercia y no a una actitud conservacionista.

Los intentos por preservar este patri-

Trabazos: su calle Mayor había sido descrita por García Grinda como uno de los enclaves más singulares de arquitectura popular en todo Castilla y León. Aún quedaban hace tres veranos numerosas casas con corredores de madera, cuyo vuelo sobre la estrecha calle hacía que a veces llegaran a tocarse los aleros. Se trata de una arquitectura valiosísima por su arcaísmo, una auténtica reliquia: hice allí una fotografía de una ventana con postigo exacta a lo que sabemos era la carpintería de vanos medieval, y en su lugar estaba todavía (¿seguirá aún hoy?) la balconada famosa por sus tablas recortadas con motivos figurados.



de La Cabrera. El delicado juego de actos complementarios y de equilibrios, que hacían tan similares las sociedades humanas tradicionales y las leyes con que se rige la naturaleza, hace ya mucho tiempo que comenzó allí a quebrarse; ya es irreversible la pérdida de la cultura tradicional en lo que toca a la tradición oral o a ciertas artesanías ligadas a oficios desaparecidos, pero la parte más visible de esa cultura, su arquitectura, permanece todavía en su realidad física en núcleos como Nogar, Corporales, Villar del Monte, Trabazos o Forna.

En nuestro viaje por los pueblos de La Cabrera, pudimos contemplar los frutos del empeño personal de Concha Casado —o de la labor de la *Asociación para la Protección del Patrimonio de La Cabrera* que ella dirige—, en su esfuerzo por preservar lo que de La Cabrera tradicional permanece, aunque sólo sea en parte: la

monio tradicional popular encuentran pocos problemas: el abandono del cultivo del centeno ha provocado que se pierda la materia prima para las edificaciones techadas con ese material; por su parte, las nuevas explotaciones mineras están transformando dolorosamente el paisaje y, al tiempo que resultan incapaces para contener la emigración de los cabreireses que abandonan su tierra, no se contempla la posibilidad que ofrecen para abastecer de materia prima a la arquitectura local —pródiga en pizarra—, ya trate de usarse en obras de rehabilitación o de nueva construcción. Las explotaciones de pizarra, enfocadas a un uso foráneo industrializado, no suelen comprender el que debería ser un obligado abastecimiento propio, destinado a mantener el carácter de la arquitectura vernácula.

Entre todos los pueblos de La Cabrera, yo tenía un interés especial en conocer

Sin embargo, ya desde arriba, al llegar a Trabazos, se advertía que las nuevas edificaciones iban ocupando paulatinamente el lugar de las antiguas; en nuestro paseo por esa calle Mayor había que hacer abstracción, para no amargarse el día, cuando entre las casas de piedra y madera aparecían algunas nuevas de traza miserable, forradas de paneles metálicos pintados de blanco y con cubierta de fibrocemento.

En Villar del Monte, el disgusto nos vino con una noticia posterior a nuestra visita: ante una belleza como la del barrio de los pajares, con su asombroso conjunto de esas construcciones auxiliares cubiertas aún por techados de paja, no podíamos suponer que poco después a alguien se le iba a ocurrir hormigonar las calles y atrapar en vergonzantes tubos de cemento parte del arroyo que entonces corría, ante

nuestros ojos, por una ordenada acequia. Este atentado absurdo e indefendible, hecho con la inconsciencia de quien no sabe que actúa en contra de sus propios intereses, tuvo el correspondiente eco en la prensa leonesa. Hay que insistir una vez más: si algún futuro tienen los pueblos como Villar del Monte, habrá de basarse sin la menor duda en la escrupulosa conservación de su aspecto tradicional, convenientemente adecuado a las comodidades que ofrece la tecnología moderna. Nadie se opone a que las antiguas casas posean servicios o calefacción, o que, como en algún pueblo de Aragón,

ca del arquitecto Javier López-Sastre, ha sido posible llevar a la práctica un proyecto que cabe comprender como experimento piloto (como tal, aplicable a otros núcleos de La Cabrera o de fuera de ella) que hace patente la viabilidad de una política conservacionista para la comarca. Pocos meses hace que ha concluido la obra de restauración del barrio alto de Forna, y ante el resultado parece obligado destacar varias cuestiones del máximo interés.

Primera cuestión: la obra se ha llevado a cabo con un presupuesto minúsculo. La restauración suele ir acompañada en

la zamorana calle de Balborraz.

Tercera cuestión: la obra efectuada en Forna demuestra que los recursos y materiales empleados en la arquitectura popular son perfectamente vigentes. Hay una tendencia carente de fundamento, según la cual “no tiene sentido” construir, si viene al caso, al modo antiguo; parece que resultase imposible que un arquitecto y unos operarios actuales se “metan en la piel” de los artífices populares, por lo que este tipo de arquitectura representaría unos modos ya irremediamente perdidos. Lo hecho en Forna desmiente



bajo las calzadas corra oculta una instalación de fibra óptica para que todos los vecinos dispongan de acceso a Internet; pero, ¿quién va a viajar hasta Villar del Monte para contemplar un arroyo entubado?

El pueblo donde comimos, Forna, iba a empezar a ofrecernos la otra cara de La Cabrera. Tras la intromisión de las nuevas edificaciones en pueblos como Trabazos o Corporales, el barrio alto de Forna era, junto con Villar del Monte, el conjunto urbano mejor conservado de la comarca; allí se mantenía un núcleo intocado de casas con corredores, con espectaculares balconadas de tablazón y con hornos trasdosados, todo ello integrado en un paisaje precioso: en lugares como este, no cabe hablar de “entorno natural”, pues lo natural no es sólo el entorno, sino que se extiende sin solución de continuidad desde los paisajes hasta el mismo interior de las viviendas. Forna parecía tener a su favor, además, un condicionante no muy usual: un alcalde con la suficiente intuición como para comprender que el futuro de su tierra pasa por la conservación del patrimonio heredado.

De nuevo gracias a la iniciativa de Concha Casado, con el patrocinio del Instituto Leonés de Cultura y la dirección técnica

nuestro país de presupuestos acordes con el relumbrón requerido por nuestros gestores, lo que no ayuda a que se inviertan esas cantidades en lugares donde, por falta de habitantes-votantes, hacerse la correspondiente foto no sea demasiado rentable. La única salida para los lugares apartados y pequeños son los presupuestos también pequeños, que además tienen la ventaja de no atraer a ciertas empresas, ávidas de ganancias, que aletean últimamente alrededor de las adjudicaciones para obras de restauración.

Segunda cuestión: en los núcleos rurales carentes de monumentos de *estilo*, en los que el mayor valor está en la arquitectura popular, el ejemplo de Forna puede inspirar iniciativas semejantes, a sabiendas de que no son necesarios grandes desembolsos para su ejecución. En el caso de Forna, lo que se ha recuperado es la imagen urbana del núcleo, sin contar con la rehabilitación de interiores que, lógicamente, aunque se cuente con subvenciones, habrán de llevar a cabo sus propietarios; de todas formas, ya se ha comprobado en otros lugares que la recuperación exterior de los edificios por iniciativa pública puede servir para animar a los particulares para que hagan lo propio con los interiores: así ha ocurrido en

categorícamente, con la prueba definitiva de la puesta en práctica, tales argumentos. En efecto, es perfectamente posible que un arquitecto actual y un grupo de operarios actuales actúen “al modo popular”: sólo es necesario que todos ellos se tomen —como en este caso— el tiempo necesario para estudiar lo existente y amoldarse a ello, sin personalismos, con la actitud humilde y honrada de quien prefiera reparar a sustituir, armonizar a significarse. Y esa actitud constituye, por cierto, una de las lecciones de mayor calado de cuantas podemos extraer de la recuperación del barrio alto de Forna.

En el número 5 de *Argutorio* se publicó un artículo que escribí en Peñalba de Santiago tras descubrir que esa aldea medieval, que pude conocer intacta, había sido desbaratada en unos pocos años. Como ejemplo contrario al de las aberraciones cometidas en el, hasta fechas recientes, maravilloso pueblo berciano, cabe solazarse ahora con el buen juicio —y, esperamos, efecto ejemplarizante— que ha primado en las obras de rehabilitación efectuadas en el conjunto del barrio alto de Forna.

Fotografías de Javier López-Sastre, arquitecto director de la restauración.